

# La preocupación contemporánea por los problemas educativos

Por JUAN MANTOVANI

## LA PEDAGOGIA Y LA CULTURA

La aplicación a los problemas educativos de una concepción del mundo y un sentido de la vida constituye la más alta finalidad de la disciplina pedagógica, de modo que la pedagogía no es sino un aspecto de la cultura y una rama de la filosofía.

Hay un íntimo paralelismo entre la cultura, que se manifiesta en una constante creación de valores, y la pedagogía que constituye un estimable instrumento en la obra de la formación humana. Al crear valores la cultura define el tipo humano que su tiempo reclama, lo que equivale a formular ideales que la educación adopta para realizarlos merced a las formas y medios que la pedagogía concibe y aplica.

El tema central de la pedagogía es un problema totalmente humano y por sus finalidades esencialmente espiritual. He ahí porqué ella es considerada como una rama filosófica.

Las disciplinas pedagógicas no hacen otra cosa que investigar los elementos biológicos y espirituales del ser humano e ingeniar los medios de llevar a cada espíritu el sentimiento de la vida y la teoría del universo que la filosofía va forjando en cada época. Por esto, la pedagogía es una ciencia dinámica; se mueve siguiendo el ritmo del pensamiento filosófico. Una filosofía realista o idealista determina correlativamente una educación de idéntica tendencia. La filosofía, la ciencia, el arte y la religión diseñan el sentido de la cultura en una época dada, y ese sentido cultural crea necesariamente una teoría de la educación. Así se comprende cómo — a pesar de explicables resistencias — a nuevos tiempos corresponden nuevas escuelas o sea una nueva concepción educativa, una manera nueva de pensar al hombre.

En el Oriente antiguo el hombre se entregaba a la religión; en Grecia preferencialmente al cultivo del espíritu; en Roma a la fuerza material. La educación en estos tres pueblos de la antigüedad responden a esas tres concepciones de la vida. Un ideal místico y caballeresco predomina en la educación medioeval; humanista en el renacimiento; racionalista y naturista en el siglo XVIII y patriótico y realista en el siglo XIX. En cada época la educación es un reflejo de la filosofía dominante, una fuerza al servicio de los grandes ideales de cultura.

Entendida así la correlación entre la cultura y las actividades educativas, la pedagogía actual no es sino un reflejo del estado espiritual contemporáneo. Difícil resulta precisar esos ideales y ese estado espiritual.

La última guerra, cuyas consecuencias no sabemos qué límites tendrá, ha conmovido profundamente la estructura de la sociedad actual y ha cambiado las manifestaciones y formas de nuestra cultura, determinando el estado de crisis reinante en nuestro tiempo. Ello justifica a los observadores y estudiosos que intentan mediante fórmulas cronológicas, acaso arbitrarias, establecer el año 1914 como fin de la cultura del siglo XIX, a la guerra como el gran sacudimiento destructor, y el año de 1918 como el punto de partida de una nueva orientación espiritual. Estamos viviendo el instante especialísimo en que chocan dos generaciones, las del pasado que aspiran a la supervivencia del viejo sentido cultural y las nuevas que se empeñan en proclamar los síntomas ya acentuados de una próxima cultura, y que ya camina hacia nuevas visiones de las cosas y hacia una nueva comprensión del universo y de la vida. Buscan nuevos problemas para inquietar sus espíritus o nuevos puntos de vista para interpretar los viejos, los denominados "problemas eternos", siempre insolubles para suerte del intelecto humano, que sin ellos, carecería del estímulo que lo eleva a las más altas especulaciones de la razón o a las más grandes creaciones del espíritu.

Todo tiende a ser distinto de lo que fué. Es la nuestra una época de intensa inestabilidad universal, de tal suerte, que al salir de esta crisis para entrar en un estado de franca normalidad, la nueva vida en todos los aspectos, social, económico, político, educativo, etc., tendrá un sentido distinto del anterior.

En medio de la multiplicidad de fenómenos que día a día impresionan la conciencia del hombre contemporáneo ninguno tan destacado como la señalada decadencia cultural, y que desde la aparición de un libro resonante, se la denomina la decadencia de occidente. El destino de occidente es el tema central del pensamien-

to de esta hora, tan alarmante para algunos, que juzgando insalvable la caída, piensan no en aquello que ya muestra su caducidad, sino en el desarrollo ulterior de nuestra cultura, la más influyente en la vida de los pueblos contemporáneos.

Reina un estado de honda crisis moral, objetivada en el predominio de los intereses materiales y en una gran pobreza de valores espirituales. El siglo XIX, de donde procede este estado de cosas, se caracterizó por su extremado culto a las formas externas de la vida. La ciencia positiva, a través de su conocimiento concreto, práctico y aplicado del mundo, condujo a la técnica, al maquinismo y al industrialismo, creando una preferencia casi exclusiva por las energías mecánicas y un relegamiento de las actividades superiores del espíritu. Fué una superación de la civilización sobre la cultura, según las acepciones que en torno de estos términos corren desde Spengler. "Civilización" o predominio de las tendencias, esfuerzos y resultados materiales. "Cultura" o predominio de las tendencias, esfuerzos y resultados espirituales. Aquélla, el culto de lo cuantitativo. Esta el culto de lo cualitativo. La civilización en ese siglo usurpa su lugar a la cultura, o la cultura deshumaniza sus formas internas hasta petrificarlas en cosas, hechos y fenómenos materiales tan maravillosamente organizados que concluyen por declarar superfluo al ser humano. Y si esta civilización moderna que llega a su apogeo a fines del siglo XIX y comienzos del XX, para Spengler, filósofo positivista, representa un progreso, para Spengler es una decadencia de la evolución humana, y para Max Scheler "se acredita como fenómeno de decadencia por el hecho de que significa donde quiera una relajación de las fuerzas humanas centrales y directrices, frente a la anarquía de las tendencias automáticas, un olvido de los fines a favor de los simples medios. Y esto justamente es decadencia." (1)

Sin entrar en el examen de las razones explicativas del estado actual de la cultura, aceptamos la afirmación ya universalizada, de que la nuestra es una hora de encrucijada en la historia de la civilización. Por un lado, un cúmulo de instituciones sociales y conceptos morales en estado de caducidad, y por otro, nuevos bríos y afanes empeñados en crear y constituir rutas espirituales nuevas para la humanidad. Es un hecho innegable que junto a la decadencia de la vieja cultura empiezan a diseñarse los rasgos de otra nueva, o por lo menos de una intensa y universal renovación, acaso, porque "el fin de lo antiguo es ya el nacimiento de lo nuevo", como dice Keyserling, y también porque — según el mismo pensador — "las condiciones preliminares para una nueva y alta cultura son idénticas a las causas que originan la decadencia de la anterior". (2)

La historia nos permite observar a veces que una época prepara el advenimiento de otra generalmente opuesta. Pero de una época no se puede pasar bruscamente a otra diferente sin que medie entre ambas un largo trecho de transición, un tramo saturado de incertidumbres, durante el cual el espíritu del hombre oscila trabajando por dos tendencias contrarias: la que mira al pasado en nombre de la tradición y la que mira al futuro alentada por los afanes innovadores. Esta es la situación espiritual de nuestra época.

### Incertidumbre pedagógica de nuestra época

Tal situación general de espíritu se refleja también en el mundo pedagógico. Aquellos grandes Estados en cuya formación había contribuido la escuela del anterior periodo han caído. Sin embargo, la escuela subsiste ¿con que fines educativos? ¿Fines morales, sociales, patrióticos, utilitarios? Nada de eso se sabe a ciencia cierta, porque se ignoran los nuevos rumbos de la sociedad humana. Así vista, la escuela actual vive sin precisar sus ideales, o sea sin conocer sus fines. Pero, si se intentara orientarla en consonancia con algunos ideales que empiezan a asomar, ella no puede servirlos por que sus viejas normas no satisfacen ni se acomodan a su intención. Los pedagogos antiguos fieles a sus ideales pregonan por hacerla perdurar. Las nuevas generaciones, desconformes con el pasado, se resisten a prolongar la escuela tradicional.

(1) "El resentimiento de la moral" por Max Scheler — Edición Biblioteca de Occidente.

(2) "El Mundo que nace" por Hermann Keyserling — Edición Biblioteca de Occidente.